

nadie bajo su palabra, y servios de lo ideal como de un medio de construcción científica y de compulsión, pero sin adorarlo. Los que, en todos tiempos, han intentado separar la ciencia de todo empirismo y elevar el edificio de la filosofía sólo sobre las ideas metafísicas, no han conseguido más que hacerse los plagiarios de la antigua teología. Sus falsificaciones han caído sobre sus cabezas; su trascendentalismo ha arrastrado en su caída lo sobrenatural en que habían creído siempre los pueblos, y han acabado de perder lo que deseaban salvar. Recordad, por fin, que no hay ni ciencia innata ó revelada, ni privilegios innatos ó riqueza caída del cielo; y que, así como todo bienestar debe ser fruto del trabajo, para no ser un robo, todo conocimiento debe serlo del estudio, para no ser falso.

Rafael C. Romero.

VI

La filosofía debe ser esencialmente práctica.

Engañárase gravemente el que imaginara que la filosofía, porque se la define diciendo que es la *Investigación de la razón de las cosas*, no tiene otro fin que hacernos descubrir esa razón, ni más que un objeto exclusivamente especulativo. Ya, al manifestar que sus condiciones son las del sentido común, su certidumbre la misma para todos, sus concepciones más elevadas de igual forma y calidad que sus proposiciones más elementales, tuvimos ocasión de hacer notar su carácter eminentemente positivo, su espíritu de igualdad, su tendencia democrática y anti-mis-

tica. La filosofía, hemos dicho, es la que ha hecho la revolución francesa, deduciendo, de su propia y pura esencia, el principio de la igualdad civil y política. Luego, hemos confirmado esta tesis, destruyendo por su base todas las pretensiones del trascendentalismo, y probando que no hay nada para el espíritu fuera de los límites de la observación, y nada por consiguiente á que no pueda alcanzar, por el simple buen sentido, el comun de los mortales.

La lógica, es decir, la misma filosofía, exige más.

En la vida ordinaria, que es la de la inmensa mayoría y forma las tres cuartas partes de la vida del filósofo, el conocimiento de las cosas sólo tiene valor en cuanto es útil; así parece haberlo querido la naturaleza, nuestra gran maestra, dándonos la inteligencia como la luz de nuestras acciones y el instrumento de nuestra felicidad.

La filosofía, en una palabra, es, dígame lo que se quiera, esencialmente utilitaria: hacerla un ejercicio de pura curiosidad, es sa-

crificarla. Sobre este punto, el testimonio universal ha fallado sin apelación. El pueblo, eminentemente práctico, preguntaba de qué servía toda esa filosofía, y cómo había que hacer uso de ella: y como se le respondiese, con Schelling, que la filosofía existe por sí y para sí, y sería rebajarla darle algun empleo, el pueblo se ha burlado de los filósofos, y todo el mundo ha hecho lo que el pueblo. Filosofar por filosofar, es una idea que no entrará nunca en un espíritu sano. Pretension semejante podría parecer excusable entre filósofos que buscaran la razón de las cosas en lo innato del genio, entre iluminados puestos en comunicación con los espíritus. Pero desde que se ha probado que todo este trascendentalismo no es más que una calabaza, y el filósofo ha sido declarado súbdito del sentido comun, servidor, como todo el mundo, de la razón práctica y empírica, preciso es que la filosofía se humanice, y, so pena de no ser nunca nada, se haga *democrática y social*. Ahora bien: ¿hay algo más utilitario que la democracia?

La religion, que era en verdad de origen mucho más elevado que la filosofía, no miraba tan por encima de los hombros nuestra pobre humanidad. Era y estaba para todos; nos habia sido concedida por gracia del cielo, para redimirnos del pecado y la miseria, enseñarnos nuestros deberes y nuestros derechos, darnos una regla de conducta para la vida, explicarnos nuestro origen y nuestro destino, y prepararnos una eterna ventura. La religion, á su modo, contestaba á cuantas preguntas podian dirigirla nuestras conciencias y nuestros corazones. Nos daba reglas para la direccion de nuestros intereses; no se desdeñaba de entrar con nosotros en explicaciones acerca del origen del mundo, el principio de las cosas, la época de la creacion, la edad del género humano, etc. No omitia en su enseñanza, no abandonaba á nuestras disputas, sino aquellas cosas cuyo conocimiento no era de inmediata utilidad para nuestro perfeccionamiento moral y nuestra salvacion eterna.

¿Hará la filosofía ménos que la religion? Ha

tomado voluntariamente á su cargo demoler esas venerables creencias: ¿no habria sido otra su tarea que producir en nosotros el vacío?

Presentar así la cuestion es resolverla. No, la filosofía no puede reducirse á una kaleidoscopia del espíritu sin aplicacion práctica; su objeto es sernos útil; y si la crítica que ha hecho de la religion es justa, el servicio que, puesta en el lugar de la religion, le incumbe hacernos, está de antemano determinado por esa misma crítica. Al dogma antiguo debe la filosofía sustituir una doctrina nueva, con la sola diferencia de que el primero era de fe y se imponia por autoridad, y la segunda debe ser de ciencia é imponerse por demostracion.

Bajo el imperio de la religion, el hombre encontraba completamente natural atenerse á la palabra de Dios; fuerte bajo esta garantía, descansaba tranquilo. Ahora que, gracias á la razon filosófica, se ha hecho dudosa la supuesta palabra divina, y la misma garantía celeste está sujeta á caucion, ¿qué falta sino que el hombre halle en sí mismo

la regla de sus acciones y la garantía de sus juicios? Así lo habían comprendido los antiguos filósofos, y esto es lo que buscaron durante tanto tiempo con el nombre de *criterium* de certidumbre.

Así, el objeto de la filosofía es enseñar al hombre á pensar por sí mismo, á razonar con método, á formarse ideas exactas de las cosas, á formular la verdad en juicios regulares, todo con el fin de dirigir su vida, merecer por su conducta la estimacion de sus semejantes y la suya propia, y conseguir, con la paz del corazón, el bienestar del cuerpo y la tranquilidad del espíritu.

El criterio de la filosofía, deducido de su utilidad práctica, es, pues, en cierto modo doble: relativamente á la razon de las cosas, que nos importa conocer tal como es en sí misma, y relativamente á nuestra propia razon, que es la ley de nuestro perfeccionamiento y de nuestra felicidad, ha de ser la filosofía:

Una garantía para nuestras ideas;

Una regla para nuestras acciones;

Y como consecuencia de este doble criterio y de la armonía entre nuestra razon práctica y nuestra razon especulativa, una síntesis de todos nuestros conocimientos, y una concepcion suficiente de la economía del mundo y de nuestro destino. Esto tenemos derecho á exigirle.

Mas ¿dónde hallar este criterio? Cuanto más impotente ha aparecido la filosofía para descubrir la más mínima verdad con solo el auxilio de las nociones metafísicas, tanto más desgraciada ha sido hasta el presente para establecer un principio que, sirviendo á la vez de instrumento crítico y de regla de acción, diese además el plan del edificio científico y social, y nos instruyese por lo tanto sobre el sistema del universo.

En lo que concierne á la regla del discernimiento, se han servido, á falta de un instrumento auténtico, y se sirven aún, de diversos principios, arbitrariamente elegidos entre los axiomas que se supone más capaces de responder á los votos de la filosofía. Tal es, por ejemplo, el principio llamado de *con-*

tradiccion, en virtud del cual el sí y el no de una cosa no pueden ser sostenidos simultáneamente y bajo un solo punto de vista. Es el principio que rige las matemáticas. Pero este principio, que parece tan seguro cuando se opera sobre cantidades definidas, ha sido juzgado insuficiente para con los sofistas, que se han prevalido de él para sostener que todo es verdadero y todo es falso, así en el orden ontológico como en el orden moral, puesto que en las cuestiones fundamentales, de las que depende la certeza de todas las demás, se puede afirmar simultáneamente el sí y el no con iguales probabilidades... Se ha hecho á lo que parece sentir la falta de un principio que abrace todo el contenido del espíritu, hasta en las matemáticas sublimes, cuyo estilo, definiciones y teorías han sido justamente censuradas, por más que sus resultados prácticos no puedan ser puestos en duda. De puro aburrimiento se ha dicho, despues de Descartes, que la garantía de nuestros juicios es la *evidencia*. ¿Mas qué es lo que hace que una cosa parezca evidente?

En cuanto á la regla de las acciones, los filósofos no se han tomado el trabajo de ensayar nada. Todos por distintos caminos, han vuelto á la idea religiosa, como si la filosofía y la teología tuviesen de comun que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría*. Hasta se ha dicho y se repite todos los dias, que poca filosofía aparta de la religion, y mucha filosofía lleva á ella; de donde es preciso deducir que no vale la pena que filosofemos. Si algunos aventureros del libre-pensamiento han salido del camino trillado, ha sido para perderse en las simas del egoismo.

Finalmente, en cuanto á la unidad de las ciencias, la confusion es todavía más palpable. Cada filósofo ha levantado su sistema, salvo el derecho de la crítica para probarle que su sistema era una obra de mosaico. Así, segun Thales, el agua es el principio de todas las cosas; segun otros, el aire ó el fuego; segun Demócrito, los átomos. La filosofía, como la lengua, es materialista en sus primeros tiempos; mas no está aquí el

peligro; harto léjos irá en el camino del idealismo. Más tarde, en efecto, se invocó sucesivamente como principio de las cosas, el amor, los números, la idea; y de abstraccion en abstraccion, concluyó la filosofía por quemar la materia que al principio habia adorado, adorar al espíritu que no habia hecho sino vislumbrar, y caer en una horrible supersticion. Entónces nació el *eclecticismo*, que significa que, ni para el mundo, ni para el pensamiento, hay unidad de constitucion; que no hay, en consecuencia, más que certidumbres específicas, relativas, entre las cuales debe el sabio saber escoger, dando, segun las circunstancias; satisfaccion á todos los principios, pero no dejándose dominar por ninguno, y reservándose siempre la libertad de juicio. El eclecticismo, tan criticado en nuestros dias, no ha sido aún verdaderamente definido: el eclecticismo es el politeísmo.

En la actualidad, sucede con la filosofía lo que con la conciencia pública: está desmoralizada. El eclecticismo en filosofía,

como el doctrinarismo en política, el *laissez faire, laissez passer* en economía, el amor libre en la familia, es la negacion de la unidad, la muerte.

Sin embargo, un problema no resuelto no es un problema irresoluble: es hasta de creer que tanto más se ha acercado uno á su solucion, cuanto más tiempo la ha estado buscando. Así el mal éxito de la filosofía sobre las cuestiones capitales de la certidumbre de las ideas, de la regla de las costumbres, y de la arquitectónica de la ciencia, no la han impedido llegar á teorías, cuya generalidad creciente y lógica rigurosa parecen segura prenda de triunfo. ¿Por qué, en efecto, si el hombre tiene la certidumbre de su existencia, no habia de tener al mismo tiempo la de sus observaciones? La proposicion de Descartes, *Yo pienso, luego existo*, implica esta consecuencia. ¿Por qué si la inteligencia del hombre es capaz de encadenar dos ideas, de formar una diada, una triada, una tétrada, una serie, en fin, y si cada serie conduce á su yo, por qué, decimos, no ha de aspirar á

construir el sistema del mundo? Es preciso seguir marchando: todo nos invita á hacerlo. Si la filosofía se abandona, se acabó el género humano.

VII.

Caractéres que debe tener el principio de garantía de nuestros juicios y la regla de nuestras acciones.—Conversion de la razon especulativa en razon práctica: determinacion del criterio.

Antes de pasar adelante, se nos permitirá hacer notar que no hay artesano que no se halle en estado de comprender lo que se propone el filósofo, pues no hay uno que, en el ejercicio de su profesion, no haga uso de uno ó de varios medios de justificacion, de medida, de evaluacion, de prueba. El artesano, para guiarse en su trabajo, tiene el metro, la balanza, la escuadra, la regla, el aplomo, el nivel, el compás, marcos, modelos, guias, una piedra de toque, etc. Ni hay tampoco artesano que no pueda decir el des-

tino de su obra, á qué orden de necesidades ó de ideas se refiere, cuál debe ser su aplicacion, cuáles sus condiciones y cualidades, cuál es su importancia en la economía general.

Pues bien, lo que hace el artesano en su especialidad, lo busca el filósofo para la universalidad de las cosas: su criterio, por consiguiente, debe ser mucho más elemental, puesto que debe aplicarse á todo; su síntesis mucho más vasta, puesto que debe abrazarlo todo.

¿Cuál es pues ese metro, al que deben referirse todas nuestras observaciones, metro por el cual hemos de juzgar, *à priori*, de la armonía ó de la discordancia de las cosas, no ya tan sólo de lo racional y de lo irracional, de lo bello y de lo feo, sino tambien, lo que es mas grave y nos interesa directamente, del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso? En segundo lugar, ¿sobre qué base, bajo qué plan, con qué fin vamos á levantar el edificio de nuestros conocimientos, de manera que podamos decir de él lo que Leibnitz decia del mundo, cuya expre-

sion debe ser, que es el mejor, el más fiel, el más perfecto posible?

El dia en que haya respondido á estas dos preguntas, la filosofía, no diremos que esté terminada, puesto que, ya como observacion ó investigacion, ya como ciencia adquirida, no tiene límites, pero sí que estará completamente organizada, y sabrá lo que quiere, á dónde vá, cuáles son sus garantías, cuál es su mision en el seno de la Humanidad y en presencia del Universo. No la quedará ya más que ir adelante con toda confianza.

Retrocedamos un poco.

De la definicion que hemos dado de la filosofía, y del análisis que hemos hecho de la observacion, resulta: 1.º que la idea nos viene originaria, simultáneamente y *ex equo*, de dos fuentes, la una subjetiva, que es el Yo, sugeto ó espíritu; la otra objetiva, que designa los objetos, el no-yo, ó las cosas; 2.º que á consecuencia de este doble origen, la filosofía versa sobre *relaciones*, cosa que ya sabíamos por la definicion, y no sobre otra cosa; 3.º por fin, que toda relacion,

analizada en sus elementos, es, como la observacion que la produce, esencialmente dualista, cosa que indica tambien la etimología de la palabra *relacion*, es decir, vuelta de un punto á otro, de un hecho, de una idea, de un grupo, etc., á otro grupo, á otra idea, á otro hecho.

Resulta de aquí, que el instrumento de crítica que buscamos, es por necesidad dualista ó binario: no podria ser triádico, porque contendria elementos más simples que él mismo, ideas que él no explicaria, y es además fácil convencerse por el análisis de que toda triada, trinidad ó ternaria, no es más que el compendio de dos diadas, obtenido por la identificacion ó la confusion de dos de sus términos (1).

(1) La trinidad de los alejandrinos no era sino una concepcion supersticiosa; la de los cristianos es un misterio. Los hechos ternarios, tomados de la naturaleza, son hechos de puro empirismo, á que se oponen, en mucho mayor número, hechos binarios, cuaternarios, etc. La célebre division de la naturaleza en tres reinos es incompleta; al reino *animal*, en que se manifiestan la sensibilidad, la vida, las afecciones, el instinto, y hasta cierto punto la inteligencia, hay que añadir el reino *espiritual*, que contiene sólo la humanidad, y se distingue por manifestaciones desconocidas en el

El principio de certidumbre no puede ser tampoco simplista como si emanara exclusivamente del yo ó del no-yo, porque, como ya hemos visto, el sugeto, sin un objeto que le excite, ni siquiera piensa; y el objeto, sin la facultad que tiene el espíritu de dividirlo, de diferenciarle y de convertir la diversidad en la unidad, no le presentaria más

reino precedente, la palabra, la religion, la justicia, la lógica, la metafísica, la poesía y el arte, la industria, la ciencia, el cambio, la guerra, la política, el progreso. La fórmula hegeliana no es una triada sino por antojo ó error del maestro, que cuenta tres términos donde no existen verdaderamente más que dos, y no ha visto que la antinomia no se resuelve, ántes indica una oscilacion ó antagonismo susceptible solamente de equilibrio. Sólo bajo este punto de vista se debería rehacer por completo el sistema de Hégel. Sucede otro tanto con el silogismo, en que no hay tampoco más que dos proposiciones, cuya ecuacion podemos hacer por medio de la relacion de los términos semejantes, poco más ó menos como en las proporciones aritméticas:

Todo *hombre* es mortal; *Pedro* es *hombre*; luego, etc.

Manifiestar la consecuencia es aquí inútil; basta sentar bien las premisas. Tomar la triada por una fórmula de la lógica, por una ley de la naturaleza y de la razon, sobre todo por el arquetipo del razonamiento y el principio orgánico de la sociedad, es negar el análisis, entregar la filosofía al misticismo, y la democracia á la imbecilidad. Esto es, despues de todo, lo que se ve bien por sus resultados. La única cosa que puede atribuirse á la influencia trinitaria, es la antigua division de la sociedad por castas, *clero*, *nobleza*, *pueblo*, division anti-humana, contra la que se hizo la Revolucion.

que imágenes ininteligibles. Las mismas ideas metafísicas no pueden servir de base á la filosofía, por más que supongan percepciones realistas. Obtenidas estas ideas por la oposicion del yo al no-yo, y reflejando la naturaleza simplista del yo, son extra-fenomenales, y no contienen por sí solas ninguna verdad positiva, aunque sean indispensables para la formacion de toda idea y para la construccion de toda la ciencia.

Tengamos, pues, por cierto, y fijémonos bien en esta idea, que lo que los filósofos buscan bajo el nombre de criterio de certidumbre y debe servir para la construccion de la ciencia, no puede ser una nocion simplista ó metafísica; que no es tampoco una imagen sensible, representativa de una realidad pura, pues esto sería excluir al espíritu de su propio dominio, y hacerle llegar al término de su obra sin poner nada de su parte; que no puede ser, en fin, una fórmula ternaria, cuaternaria, ó de otro número superior, porque esto sería tomar la serie en vez de su elemento.

Este principio debe ser á la vez subjetivo y objetivo, formal y real, inteligible y sensible, indicar una relacion del yo y del no-yo, y ser, por consiguiente, dualista, como la misma observacion filosófica.

Mas, entre el yo y el no-yo, y *vice-versa*, hay una infinidad de relaciones posibles. Entre tantas ideas como nos suministra la observacion filosófica, ¿cuál elegiremos que sirva de regla y metro para las demás? ¿Cuál formará la primera base de nuestro conocimiento, el punto de partida de nuestra civilizacion, el eje de nuestra constitucion social? porque se trata nada ménos que de todo esto.

Hasta ahora hemos considerado el yo y lo que se llama no-yo, como dos naturalezas antitéticas: una espiritual, simple, activa y pensadora; otra material, compuesta, y por consiguiente divisible, inerte ó pasiva y no-pensadora, que sirve simplemente de punto de mira, de ocasion y materia á las meditaciones del yo. A fin de no mezclar demasiadas ideas á la vez, nos hemos limitado á

la justificación de este hecho elemental, inteligible aún para los niños que estudian la gramática, á saber: que la observación filosófica implica dos términos ó actores, uno que observa, otro que es observado. Es la relación del activo al pasivo, tal cual la manifiesta la conjugación del verbo en todas las lenguas.

Pero el pasivo no excluye el recíproco. Lo que hemos dicho del papel que representan el yo y el no-yo en la formación de la idea, no prueba de modo alguno que el que observa no pueda ser también observado, y precisamente por el ser al cual observaba. Locke lo ha dicho, sin que nadie haya sabido responderle: ¿sabemos acaso si el no-yo es necesariamente no-pensante?... Sabemos, á no dudarlo, que nuestras observaciones versan con mucha frecuencia sobre yos semejantes á nosotros; pero sabemos también que, en este caso, y en tanto que nos suministran hechos, observaciones, impresiones, sobre las que obra en seguida nuestro espíritu, son considerados por nosotros como no-yos. En el amor

por ejemplo, hay también dos actores, uno que ama, otro que es amado; lo cual no impide que invierta la proposición, y digamos que la persona que ama es amada por aquella á quien ama, y que la amada ama á aquella de quien es amada. Sólo con estas condiciones existe el amor en toda su plenitud, y es de buena ley. ¿Quién, pues, nos asegura que nosotros solos pensamos, y que, cuando describimos tal planta, cuando analizamos tal roca, no hay en ellas álguien que nos mira?

Se me dirá que esto repugna; mas ¿por qué causa?... Se añadirá que el pensamiento no puede resultar sino de una centralización orgánica; que así, cuando yo miro mi mano, estoy bien cierto de que mi mano no me mira, porque mi mano es sólo una parte del organismo que produce en mí el pensamiento, el cual sirve para todos los miembros; que lo mismo sucede con las plantas y las piedras, que son, como los pelos y los huesos de mi cuerpo, partes del gran organismo (que tal vez piensa, si no duerme, no lo

sabemos), pero que por sí mismas no piensan.

Las analogías de la existencia nos inducen á suponer, que así como hay en el sér organizado un *sensorium* comun, una vida solidaria, una inteligencia al servicio de todos los miembros, de los que es á la vez resultado y expresion comun; hay en la naturaleza una vida universal, un alma del mundo, que, si no obra exteriormente, al modo de la nuestra, porque para ella no hay exterior y todo está en ella, obra interiormente, sobre sí misma, al revés de la nuestra, y se manifiesta creando, como el molusco su concha, ese grande organismo de que formamos parte nosotros mismos, nosotros ¡pobres *yos* particulares!

Esto no es, sin duda, más que una induccion, una hipótesis, una utópia, que yo no pretendo dar por más de lo que vale. Si no puedo asegurar que el mundo, ese pretendido no-yo, no piensa, tampoco puedo asegurar lo contrario: esto no está al alcance de mis medios de observacion. Todo lo que puedo decir es, que en ese no-yo hay gas-

tado muchísimo espíritu, y que no soy yo el solo yo que le admira.

Ved, pues, cuál será mi conclusion.

En vez de buscar la ley de mi filosofía en una relacion entre mí, que me considero como la cúspide del sér, y lo que hay de más inferior en la creacion y reputo no-pensante; la buscaré en una relacion entre mi yo y otro yo que no sea yo, entre el hombre y el hombre. Como sé que todo hombre, mi semejante, es la manifestacion orgánica de un espíritu, es un yo; igualmente que los animales, dotados tambien de sensibilidad, de instinto y hasta de inteligencia, aunque en grado menor, son tambien yos, de inferior dignidad, é inferiores en la escala de los séres, es cierto, pero creados segun un mismo plan; y como no alcanzo á ver la demarcacion fija entre el animal y la planta, ni entre ésta y el mineral, me pregunto si los séres inorgánicos no son tal vez espíritus que duermen, yos en el estado de embrión, ó al ménos los miembros de un yo cuya vida y operaciones desconozco.

Estando considerado todo sér como yo y no-yo, ¿qué puedo hacer mejor en medio de esa ambigüedad ontológica, que tomar por punto de partida de mi filosofía la relacion, no de mí á mí mismo, á la manera de Fichte, como si quisiera hacer la ecuacion de mi espíritu, sér simple, indivisible, incomprendible; sino de mí á otro yo igual á mí, que es, sin embargo, distinto de mí, lo que constituye una dualidad no metafisica ó antinómica, sino una dualidad real, viviente y soberana?

Obrando así, no corro en primer lugar el riesgo de injuriar ni agraviar á nadie; tengo además la ventaja, al descender de la Humanidad á las cosas, de no perder jamás de vista el conjunto; cualquiera que sea, por fin, la diferencia de las naturalezas que son objeto de mi exploracion, estoy tanto ménos expuesto á engañarme, cuanto que en último análisis todo sér que no es igual á mí, está dominado por mí, forma parte de mí, ó corresponde á otros yos á mí parecidos: de suerte que la ley que rige los *sujetos*, es ra-

cionalmente de presumir que rige tambien los *objetos*; pues á no ser así, la subordinacion de unos á otros sería imposible, y entre la Naturaleza y la Humanidad habria contradiccion manifiesta.

Observemos además, que por esta transaccion inatacable la filosofía, hoy especulativa, se convierte enteramente en práctica, ó por mejor decir, que los dos puntos de vista se confunden. La regla de mis acciones y la garantía de mis juicios son idénticas.

Ahora bien, ¿cuál es esa idea madre, á la vez objetiva y subjetiva, real y formal, de naturaleza y de humanidad, de especulacion y de sentimiento, de lógica y de arte, de política y de economía; razon práctica y razon pura, que rige á la vez el mundo de la creacion y el mundo de la filosofía, y sirve al uno y al otro de asiento; idea, en fin, que, dualista por su fórmula, excluye no obstante toda anterioridad y toda superioridad, y abraza en su síntesis lo real y lo ideal?

Es la idea del *Derecho*, la JUSTICIA.